

esclavitud á sus plantas, el misterio y el milagro. Con todas estas ideas ¡cuán rebelde, levantisco é indócil debía parecer el pueblo romano á la tiranía de Cleopatra! Aunque la república ya estaba de muerte por completo herida y luchando con el hado y el destino en sus tremendas agonías, conservaba, cuando en Roma estuvo Cleopatra, todas sus apariencias externas, todas sus instituciones de pie. Acostumbrados nosotros al oleaje y al viento de la libertad como al balanceo del mar los marinos, apenas alcanzamos á comprender la emoción de un asiático déspota, de una reina oriental y caprichosa en medio de un pueblo todavía libre. Aquellos cónsules de uno y dos años como jefes del Estado, aquellas tumultuosas asambleas del pueblo gárrulo, aquellos tribunales de tantos jueces compuestos, el comicio votando, el Senado proponiendo, la tribuna de los Rostros alzada como un pedestal de la elocuencia libérrima, el tribunado frente á frente de todas las magistraturas, el voto de las leyes en los ciudadanos, un conquistador tan grande como César obligado á esperar la confirmación del poder de los mismos á quienes con sus fuerzas y su genio sometiera y esclavizara, todo esto, contrario á su fe, á su educación, á su estirpe, á su arte, á su ciencia, á su política, todo esto debía sugerirle aquel pensamiento de sustituir á

Roma en la dirección del mundo, porque para dirigir al mundo se necesitaba un poder en quien manda y una conformidad á este poder en quien obedece, que sólo podía hallarse ya en Egipto y entre los egipcios.

Alejandría era una ciudad idónea para sugerir tales ensueños magnéticos. Sus piedras despedían supersticiones. Sus flotas, al mismo tiempo que desembarcaban fardos en los muelles para el comercio, desembarcaban fábulas en el pueblo para las leyendas y las imaginaciones. Allí se reunía todo el Oriente. Los astrólogos del Éufrates interpretaban desde sus observatorios las estrellas; los mercaderes fenicios comerciaban como si Alejandro no hubiese arrasado á Tiro ni á Cartago Roma; los judíos vertían á la lengua helena sus libros sagrados; los filósofos griegos bañaban sus dioses allí en la vida del Oriente y sumaban sus conceptos racionalistas con los genios prehistóricos; el sirio hacía evocaciones y magias como en los tiempos más clásicos de su historia; el macedón dominaba en las guarniciones y en las fortalezas; los jonios del Asia Menor y los mismos griegos del Ática sostenían frente á frente del África y frente á frente de Roma, entre dos abismos, la religión helena, que aspiraba, como en la mente de Alejandro, á religión de la humanidad; y con todos

estos elementos extraños juntábanse los elementos continentales africanos, los nubios, los etíopes, los libios, los cirenaicos, los restos de Fenicia inmólada y aquella eternal base de todo el mundo egipcio, aquel pueblo nacido como las palmas regadas por las lustrales aguas del río, los cop-tos sumisos y silenciosos, siempre agraviados, pero de suyo resignadísimos, sin fuerzas para vengarse de sus agravios ni para sacudir el despotismo. Con esta ciudad tan extraña debía parecerle á Cleopatra cosa fácil dominar la Ciudad Eterna, restablecer el panteísmo asiático por las ideas politeístas completado, anegar al hombre libre y redimido en el Asia restaurada, devolver su imperio á la Naturaleza rehecha y centuplicada por la magia, aplastar un pueblo de soldados rudos y de leguleyos sofistas que se habían apoderado de la humanidad, imponer á todos el sincretismo alejandrino, en sentir suyo muy superior al derecho romano, restablecer las castas y sobre las castas fundar un imperio no disputado como el imperio de César, obedecido servilmente del mundo: la reacción más colosal que habían visto los siglos intentada con las fuerzas más extrañas, con el sortilegio, con el augurio, con el embrujamiento, con la hechicería, con el bebedizo, con el filtro, con todo cuanto de milagroso y sobrenatural guardaba todavía el Asia.

En su fácil imaginación, en sus rápidas emociones, en el ardor de sus voluptuosidades, en lo arbitrario de su pensamiento, en la movilidad y fantaseo de sus ideas nada le parecía imposible y á todo se arriesgaba sin cálculo y sin previsión, midiendo por las ilusiones del deseo la seguridad matemática del resultado.

La presencia en Roma de Cleopatra le había quitado seguramente mucho del respeto que le tuviera en otro tiempo. Estas gentes, dominadas por la imaginación, suelen perder toda idea de la realidad y despreciarla y desconocerla tontamente, midiendo su fuerza y su poder por los desengaños producidos en el alma. Roma, si bien muy crecida y hermosa, no alcanzaba todavía entonces los esplendores cuasi orientales que le diera el imperio. Augusto mismo nos certifica esto al decir que recibiera una Roma de ladrillo y dejara una Roma de mármol. Todos los monumentos que hoy maravillan y asombran al mundo no existían por aquel entonces. Ni el sólido panteón de Agripa, ni el maravilloso coliseo, ni los arcos de Trajano y de Tito, ni las termas de Caracalla alzadas por siglos posteriores, mucho más tarde, resplandecían en la Roma conocida por Cleopatra. ¡Qué desencanto sería el suyo viendo que la ciudad primitiva ocupaba en el Palatino por todo espacio mucho menos lugar que

cualquier salón ó cualquier patio de su casa imperial! ¡Con qué desprecio miraría una reina del Nilo aquellas pesadas y amarillas aguas del Tíber! El Aventino, donde se congregaban los oriundos del viejo Lacio y se oían retumbar siempre las tempestades propias de aquel pueblo, ¡cuántas iras no levantaría en su alma de reina! ¡Cómo se reiría ella, que tuviera por palacio una ciudad, viendo al dueño de la tierra, viendo á César, alojado en la casa regia, modestísima y humilde como litúrgica mansión de los antiguos pontífices romanos, todos austerísimos y severos! Un déspota cree siempre que las ciudades fundadas en el derecho, tan vividas al calor de su libertad, se arruinan sin remedio y aplastan el poder bajo sus escombros. Y, sin embargo, si hubiese tenido un poco de reflexión Cleopatra, meditara sobre sus relaciones con Roma, y viera en ellas cómo la idea domina por fin y postre á la fuerza y cómo eran imposibles cuantas reacciones meditaba para retrotraer al mundo en el camino de sus progresos. Los Ptolomeos reinaban por merced y gracia de aquellos rudos romanos. Alejandría era una esclava de Roma. Su propia hermana, princesa de su imperial sangre, descendiente de cien reyes ilustres, hija de Grecia y del mundo asiático, iba por la vía Sacra, entre los despojos del pueblo rey, testimoniando con las cade-

nas de oro atadas á sus regias manos el triunfo de César sobre Alejandria y los alejandrinos. El primogénito de Ptolomeo, Auleta, había muerto, cual mísero escarabajo del Nilo, aplastado so los pies del milite romano. Ella misma no podía reinar sin el consentimiento y sin el auxilio de Roma. Por consecuencia, el Occidente debía dominar al Oriente por la misma fuerza y por la misma razón que había dado al conquistador Alejandro, de quien Cleopatra provenía, el Egipto y el Nilo. Pero muy difícilmente podían penetrar estas reflexiones en aquel ánimo fascinador, fascinado á su vez por la idea de su propia grandeza. No sabemos lo que César le prometiera, no sabemos lo que recabara de César. Enloquecido por los terrores que le asaltaran en la batalla de Munda y por la práctica del despotismo, no sabemos, no, si en aquella demencia entregara el mundo romano á la tentadora serpiente, como lo entregó más tarde Antonio. Lo cierto es que, teniendo á César en la estimación merecida por su genio, encontróse con que una mañana, en aquel Senado tan aborrecible para los déspotas, el César, el conquistador, el dios omnipotente había caído muerto al puñal de los primeros romanos. Desde aquel entonces debió creer gente perdida para la dominación y para el imperio á la romana gente. Y ya que no pudo vencerla y sojuzgarla, hízola

temblar en el cenit de su poder y de su gloria.

Lo cierto es que huyó Cleopatra de Roma precipitadamente y se instaló en Alejandría con los propósitos más firmes y con los proyectos más ambiciosos. Suetonio nos cuenta en la biografía de César que había éste pensado en trasladar la capital del imperio, bien á la vivaz Alejandría, bien á las ruinas de Troya, como había pensado en reconstruir Corinto y Cartago. Estos ensueños y fantaseos, que distinguieron las postrimerías y ocaso de su vida, señalan bien claramente la influencia de Cleopatra sobre su genio, sobre aquel vastísimo genio de César, en quien parecía condensarse con sublime condensación el genio de la humanidad. Al sorprenderle una muerte violenta en medio de todas estas fantasías, y caer, estando Cleopatra en comunicación estrecha con él, debía naturalmente sentir una compasión muy grande por la fragilidad tan deleznable de aquel poder inmenso y pensar en sustituirlo. La república no se levantó del cadáver de César. El puñal de Bruto mató al tirano, pero no mató la tiranía. Un poder nuevo, tan arbitrario como el suyo, y mucho más bárbaro, se levantó sobre sus despojos. Un soldado se calzó el imperio con la misma facilidad que se podía calzar todas las mañanas sus sandalias. Este soldado se llamó Antonio. Ni la idea del derecho, ni los conceptos

de la propiedad habían jamás penetrado en su espíritu. Creyéndose hijo del semidiós Hércules, pensaba vivir como los antiguos semidioses, de todo cuanto encontrara en su paso. Del Pretorio pasaba diariamente á la cantina, en la cantina comía el rancho peor y con el vino más ordinario se emborrachaba. El destino lo había señalado para el Oriente. Allí, donde había de morir emperador, nació como soldado. El Egipto fué su escuela militar. Tenía un alma y una elocuencia oriental. El desprecio á las leyes y la propensión al despotismo eran puramente orientales. Su palabra iba cargada de imágenes, como el cielo asiático de astros. Jamás comprendió la severidad romana. Gustaba del fausto esplendoroso, tanto en la elocuencia como en la vida. Codiciaba el dinero, mas para repartirlo. Robaba sin escrúpulo á unos para enriquecer á otros sin medida. Privaba el vicioso lujo en su ánimo, porque privaban en su ánimo todos los vicios. Mas el vicio que le absorbió á la continua fué la sensualidad. Él hizo de las mujeres sus diosas y las mujeres hicieron del pretoriano su juguete. No bajaba del carro de guerra sino para caer en los horrores de la prostitución. Una cómica desenfrenada iba con él en los viajes de su juventud, cuando ejercía el tribunado popular. Sus esposas dominaron á una en su ánimo como él po-

día dominar en su ejército. Fulvia enseñó á Cleopatra el arte de rendirlo y esclavizarlo. Para tenerlo consigo, muerta Fulvia, casóle Octavio con su hermana Octavia. En unos cuantos días disipó toda la herencia de César. El dinero que legara el dictador al pueblo y al ejército se perdió por completo en las manos de Antonio. Hemos dicho que le dominaban todos los vicios y debimos exceptuar uno solamente: la hipocresía. Iba desnudo por el mundo. La franqueza, que con el valor y la esplendidez eran sus cualidades singularísimas, provenía en él de la desnudez de su alma. Pero esta franqueza compensábase con el escándalo. No le gustaba sólo el placer, gustábale también el placer ostentoso. Tenía sus cenas orgiásticas y sus burdas embriagueces ante las muchedumbres. En las ciudades le gustaban los burdeles, como en los campamentos las cantinas. Por las noches se daba en compañía de prostitutas y mancebos á correr desenfrenado aventuras. Hasta del culto sacaba orgías. Y á todos estos ejercicios de sus apetitos desordenados, á todas estas corrupciones en acción, les llamaba la vida inimitable. Menos cruel que Octavio, era, ya lo hemos dicho, más bárbaro. Aunque perpetró muchas matanzas, no le gustaban, no, en el grado que las rapiñas y saqueos. En sus gustos entraba tanto como el combatir el talar.

Y á un hombre de semejante laya le tocó el Asia en aquellas distribuciones de tierras que hacían los triunviros triunfantes. Y en cuanto vió Cleopatra que le tocaba el Asia, propúsose dominarlo para dominar con tal instrumento el mundo asiático todo y aplastar bajo el mundo asiático la Ciudad Eterna.

No puede comprenderse la historia de Antonio sin estudiar la naturaleza de Antonio. Dominaba la fuerza en él, y sobre la fuerza dominaba el sentimiento. Soldado tan indómito había menester siempre un amo. En el cielo hubiera sido satélite y entre los vegetales parásito. Adscribióse á César en sus amistades y le siguió á todas partes, incluso al despotismo. Inscribióse á Fulvia y Cleopatra en sus amores, y siguiólas también á todas partes, incluso al crimen. El sensualismo dominaba todos los afectos en él, y el naturalismo era su moral, su religión, su filosofía. No necesitaba Cleopatra ciertamente moverlo á la voluptuosidad y al vicio. Estaban la voluptuosidad y el vicio en sus instintos de tal suerte, que ha pasado por uno de los más viciosos tipos dejados por el mundo clásico á la humana historia. El Oriente y la Grecia lo embriagaron á una con sus mostos. Ido á Efeso, entró, general romano, en traje de Baco. Negros y rizados bucles, parecidos á la cabellera de una mu-

jer, caían sobre sus espaldas; sedas multicolores del Asia envolvían su cuerpo; coronas de pámpanos y de hiedra urdidas artísticamente ornaban sus sienes; un carrò de marfil, tirado por albos corceles, servíale como de altar; rebosaba el vino en la copa empuñada por su nerviosa febril mano; coros de bacantes desnudos danzando en torno suyo al són de los panderos y de las cítaras, seguidos por acróbatas que iban haciendo toda clase de funambulescos ejercicios le acompañaban; hierofantas que iban á una cantando voluptuosos himnos, y actores que hacían desenfrenadísimas farsas, y prostitutas de todas procedencias le circuían, componiendo una escena tal, que pudieron aquellos pueblos creerse dominados, no por los milites soberbios de la vieja Roma conquistadores del mundo, por la farsa, la música y el baile. Cleopatra, que lo sabía, decidió tomar aquella fortaleza por la brecha de sus vicios, excitando en él apetitos por él no sospechados siquiera en su voluptuosidad y satisfaciéndole con satisfacciones por él no imaginadas. Como despojara los honestos habitantes de sus haciendas y de sus ajuares para distribuirlos entre la corte y la cohorte de rufianes, tahures, borrachos, bandidos y gente perdida numerosa de todas condiciones y de todas procedencias, comprendió que podía muy bien arrastrarlo donde quisiera y

hacerlo su mísero juguete. El general romano era un hombre sin medida. Excesivo en el odio hasta llegar á la barbarie más cruel, era excesivo en las recompensas y en los favores hasta llegar á la prodigalidad más absurda. Chanceábase mucho y con muchos, no pudiendo así en él separarse con verdad las burlas y las veras. Lisonjero con aquellos á quienes amaba, quería que aquellos á quienes amaba le adulasen y lisonjeasen también á él. Después de haber desempeñado tantas magistraturas en Roma, combatido en todos los campos de batalla donde se debatía la suerte del mundo, acompañado á César en sus ambiciones y en sus aventuras, no había dado aún la verdadera medida de sus vicios, y estaba expuesto, muy expuesto, á tenerlos mayores con el contacto de tantos y tantos viciosos como podía encontrar en su carrera desenfrenada por Asia y por Grecia.

El caso es que, recibida en el reparto Asia, llegó á sus puertas, á las islas jónicas, Antonio, con ánimo de castigar en Cleopatra sus defecciones con las defecciones de otros muchos y saquear el Egipto. La reina en Roma no impresionó el sentido ni dominó el corazón de Antonio como en los años últimos de su existencia. Favorita de César, imposible que pusiera los ojos en su faz el teniente de César. Así pasó junto á Cleopatra, cuando el dictador se

tendía como un tigre domesticado á sus plantas, sin comprenderla, ni sentirla, ni siquiera mirarla. Sobre todo esto hay que reconocer una particularidad excepcional: en su belleza tenía la serpiente del Nilo tantos aspectos, y fases, y formas, y engaños, y cambios, que se necesitaba frecuentarla mucho para conocerla de veras. Lo cierto es que los primeros impulsos de Antonio fueron impulsos de odio á Cleopatra, y el primer mandamiento á ella dirigido fué un mandamiento dictado por el propósito firme de castigarla y corregirla. En el combate á muerte por los triunviros empeñado con los asesinos de César, combate que concluyó con la batalla de Filipos y la muerte de Bruto, Cleopatra no había tenido respecto de los herederos y sucesores del dictador aquella corrección en el proceder demandada por los más vulgares afectos de lealtad. Profundamente política la mujer aquella, en vez de reprimir con su influjo y con su fuerza la guerra civil, como sabía que la guerra civil acababa con Roma, recrudecía todo cuanto podía recrudecerla. Así es que Antonio, airadísimo, la conminó con acerbas conminaciones á que fuera y se presentara en Cilicia. Sabíalo codicioso y sabíase á sí rica. La prodigalidad le arrastraba impetuosamente á quedarse con lo ajeno, y entre los mayores tesoros del mundo se contaban á la sazón aquella los tesoros

del Egipto. Pero ni ambición ni codicia dominaban en él como dominaba la sensualidad. Por consecuencia, Cleopatra fió en la seducción de las gracias propias sobre las propensiones de Antonio. Si Fulvia, una especie de hombrote, Fulvia soldadesca, Fulvia codiciosa, Fulvia sin los atractivos suyos había imperado en él y conducidole adonde le pluguiera, cuánto mayor motivo no tenía Cleopatra para enredarlo, como un pez del Nilo, en las mallas complicadísimas de sus redes amorosas, y ya enredado, para someterlo, sojuzgarlo, y, si era preciso, conducirlo de la mano embriagado por sus filtros, enloquecido por su amor, á herir con el puñal asiático envenenado en todas las ponzoñas mágicas á su Roma, contra la cual se dirigían todas las tumultuadas y tormentosas pasiones de aquella singular mujer.

Plutarco describe la primera entrevista de Antonio y Cleopatra con colores verdaderamente poéticos. La diosa del Nilo escoge para escenario de tal drama el Asia Menor, aquella Cilicia conquistada por Alejandro, regida por sus congéneres los antiguos seleucidas, puesta en tiempos de Pompeyo con sus guerras á los piratas entre los dominios de Roma; por sirios habitada, por sirios cantores, magos, astrólogos, hechiceros, teúrgos como ella; tierra capaz de todos los brebajes que ascienden á